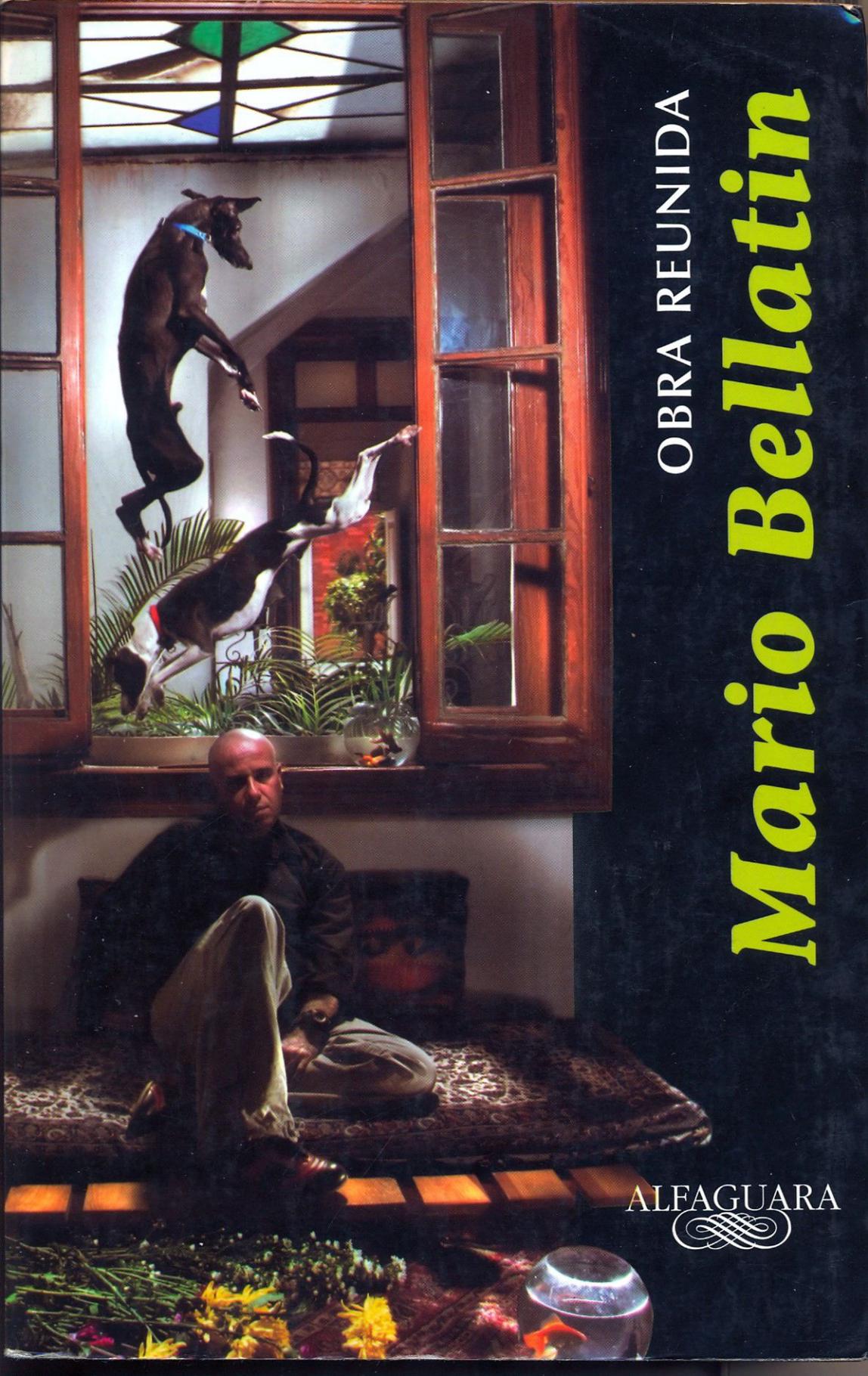


OBRA REUNIDA

Mario Bellatin

ALFAGUARA



Efecto invernadero

Antonio es Dios.

CÉSAR MORO

Revisando un cuaderno de ejercicios, cierto profesor de Antonio encontró algunas indicaciones sobre la forma correcta de enterrar a un niño. Los apuntes hablaban de las flores adecuadas, de la necesidad de tener cerca los objetos amados, y de las oraciones apropiadas para acompañar los velorios. El profesor leyó además la afirmación de que así como los niños tienen la obligación de obedecer y cumplir con los deberes, así también están forzados a entregar a los padres sus cuerpos muertos.

1

Poco antes de morir, Antonio decidió que la Amiga y el Amante fueran los únicos testigos de su agonía. Con el objeto de contar con la presencia cercana del Amante, hizo colocar una tarima a escasos centímetros de su cama. Para la Amiga acondicionó en la sala dos pequeños sofás. Atento a un Antonio confundido por el delirio, el Amante no pudo hacer más que pasar con insistencia una toalla con alcohol por su frente. El médico había asegurado que los síntomas del final eran evidentes. Aconsejó que se emprendieran los trámites necesarios. El Amante mantuvo una actitud controlada, que la Amiga estaba segura no iba a sostener después de la muerte de Antonio. Durante los últimos cuatro días, no la había dejado atender el cuerpo enfermo. Había sido el único encargado de limpiar la piel de Antonio con una esponja húmeda. Se movió en forma rápida, entre la cama y el baño, llevando de un lugar a otro el agua, las toallas y las ropas sucias. Luego de la partida del médico, la Amiga miró hacia la cama y no pudo imaginar la diferencia que habría entre el cuerpo yacente y el mismo cuerpo cuando no tuviera vida. El tránsito quizá se daría sólo como un simple cambio de tonalidades. El rostro y las manos se confundirían con lo blanco de las sábanas.

2

En determinado momento, y tal vez previendo la cercanía del fin, la Amiga dejó al enfermo al total cuidado del Amante y salió de la casa. Dijo que iba a buscar el teléfono para llamar a la Madre. Al cruzar la puerta de calle no pensó sólo en la promesa que le hiciera a Antonio —de avisar a la Madre y a la Protegida—, sino que seguramente estaba necesitando tocar una de las esculturas que se levantaban cerca a la casa de la Bajada.

3

En distintas oportunidades, especialmente cuando conversaba con la Amiga y el Amante, Antonio hizo diversas conjeturas acerca del día de su concepción. Entre otras posibilidades pensaba que en aquella oportunidad la Madre, por oscuros motivos, había dejado de lado el rechazo que solía producirle la intimidad con su marido. Lo esperó recostada en un diván de cuero negro, ubicado en el gabinete de trabajo. Bastó que supiera de las visitas clandestinas que el esposo hacía a otra mujer, para que le interesara recibirlo de esa manera, incluyendo quizá la imaginada sombra de la querida. El habitual sentimiento de rechazo que acostumbraba causarle su presencia, pareció transformarse en una suerte de deseo y sumisión. En ese momento pareció resurgir la imagen, que se le había comenzado a aparecer en los días precedentes, de los cuerpos del marido y su amante en la pieza anónima donde sospechaba se concertaban las citas. Luego de abandonar al marido subió con rapidez a su dormitorio. Tanto la gestación como el parto fueron normales. Es más, durante el embarazo sintió cierta tranquilidad, que se inició después de un extraño pedido de absolución, de perdón de sus pecados, que realizó una vez que se enteró de que se encontraba embarazada. El niño pasó una infancia relativamente sosegada. Pero al cumplir los cinco años se negó a mover un brazo. Los médicos se limitaron a afirmar que se trataba de un mal de carácter nervioso. Uno de esos doctores, que tenía como norma aquella teoría de que lo similar cura lo similar, tomó el caso a su cargo. Ordenó un tratamiento radical, durante el cual Antonio debía mantener todo el tiempo el brazo sano atado con una cuerda. Tuvo entonces que lavarse, vestirse y comer sin la ayuda de nadie. La Madre sabía que los sufrimientos del niño iban a aumentar al aplicar el tratamiento. Pero la seguridad con que fueron impartidas las indicaciones, le dieron la fe suficiente para creer que era el único modo de hallar la curación. A pesar

de su certeza a las pocas semanas comenzó a avergonzarse frente a las demás madres, quienes se sorprendían al ver a ese niño tambaleándose o haciendo movimientos absurdos para llevarse las golosinas a la boca.

4

La casa se mantuvo aislada los últimos días. La insistencia del Amante por cumplir las indicaciones de Antonio, hizo que las ventanas permanecieran cubiertas con paños negros. Los olores cotidianos se volvieron densos. Se mezclaron unos con otros, y sin embargo cada uno mantuvo concentrado cierto olor particular. De pronto, un sonido ronco producido por la garganta de Antonio quebró lo pesado del ambiente. El Amante se separó asustado del cuerpo y salió del dormitorio. Advirtió entonces un hilo de luz que provenía de la puerta de calle, que la Amiga al salir había dejado entreabierta. La iluminación caía directamente sobre el piso del vestíbulo. Entraba acompañada de un soplo de aire. En ese momento el Amante decidió abrir de par en par la puerta de la habitación. Los objetos, como antes los olores, comenzaron a confundirse unos con otros. Perdieron sus límites la silla de Viena y los frascos de medicina. Se fusionaron la sábana y el pecho del enfermo, la cama y la palangana de fierro enlozado que se mantenía en un rincón. Pero al parecer el Amante no soportó que el cuerpo de Antonio pasara a formar parte de los elementos del cuarto. Quizá por eso le quitó las ropas, lo arrojó al piso y comenzó a flexionar sus brazos y sus piernas. Lo frotó enérgicamente con los puños para evitar quizá que perdiera calor. Al ver que todo era inútil, corrió a la ventana y rasgó de golpe las telas que la cubrían.

5

Antonio había planificado que la Madre lo descubriera rodeado por la silla de Viena, los zapatos amarillos manchados de barro, y bajo el claroscuro ocasionado por los paños tapando la luz. La había imaginado entrando en la casa, seguida por la Protegida, para hallar su cuerpo en un estado previo al *rigor mortis*. Sin embargo, por su desesperación, el Amante había variado en pocos minutos aquella escenografía. Después de rasgar las telas de la ventana borró un poema que se encontraba escrito en la luna de un espejo de cuerpo entero. Finalmente arrojó con fuerza los frascos de medicina que estaban puestos sobre la mesa de noche. La Madre estuvo obligada por eso a ver al Amante al lado del cuerpo de su

hijo. La furia haría que esa Madre se atreviera a escupirlo en la espalda. El Amante tenía los ojos enrojecidos, la barba a medio crecer y mostraba los dedos sucios. La Madre lo sacaría de la casa y cerraría la puerta una vez que lo viera desaparecer. El cuerpo no se encontraría entonces ni tibia ni envuelto en sábanas, como Antonio hubiera querido ser hallado, sino estaría rígido y luciendo la pierna y el brazo en extrañas posiciones. Disimulando su impresión, una vez que estuvieran solas la Madre pediría ayuda a la Protegida para volver a poner al hijo sobre la cama. En ese momento, la Protegida estaría preparándose para salir a escondidas y encontrarse afuera con el Amante, pero al oír la voz de la Madre comprendió que debía postergar su intención.

6

Una hora después de recibir la llamada, la Madre entró con decisión para reclamar el cuerpo de Antonio. Reconoció en ese instante la presencia de la Serpiente Antigua, que tanto le había impresionado cuando leía la Sagrada Biblia. Llegó acompañada por la Protegida, quien fue puesta de rodillas y obligada a murmurar una plegaria de resurrección. Cuando la Madre pasó al dormitorio vio los frascos de medicina desparramados. En ese momento sintió la libertad de hacer lo que le pareciera con el cuerpo del hijo. La muerte se lo devolvía después de cincuenta y cinco años. Le entregaba un cuerpo deforme. Luego de tanto tiempo tenía la Carne Muerta como Primera Inmundicia (Números 19, 13-22). A pesar de la diferencia entre el cuerpo que ofrendó y el que recuperaba, tuvo el placer de constatar el final de una penitencia a la que había sido sometida. La satisfacción que le produjo verse absuelta, estuvo debajo de la rudeza de carácter que mostró para llevar adelante ese trance. Con bastante brusquedad separó al Amante del lado de Antonio. Lo humilló arrebatándole el cadáver que, con la ayuda de la Protegida colocó después encima de la cama. Una vez que el hijo estuvo lavado y vestido, la Madre le ordenó a la Protegida, que convocara a los parientes. Luego comenzó a rezar en voz alta. Utilizó letanías recopiladas y aprendidas con esmero para ser puestas en práctica solamente en esa ocasión. La Protegida aprovechó la entrega mística para salir a encontrarse con el Amante. Lo hizo caminando ligeramente encorvada. Desde su llegada a la casa había empezado a sentir que la atmósfera le oprimía el pecho. Comenzó a sufrir una creciente dificultad para respirar. Por eso, mientras la Madre rezaba, fue a la cocina para prepararse un vaso de agua con sal. Tomó un trago prolongado, y llevó después el vaso hasta afuera.

7

En la entrada se encontraba el Amante, ovillado detrás de los muebles de bambú. La Protegida lo tocó en el hombro, y dijo que les pertenecía el espacio donde Antonio había creado sus pinturas. El Amante se incorporó, y comenzó a seguir a la Protegida por un pasaje que había al lado de la casa. Existía allí un corredor estrecho, en cuyos costados estaban alineadas algunas puertas de madera. Una de ellas correspondía al espacio de Antonio. El cuarto era grande pero no tenía buena iluminación. Sobre el piso se extendía una capa formada por el polvo de las pinturas, papeles desmenuzados y virutas de madera. No se parecía en nada a la sala de trabajo representada en las imágenes que Antonio le solía regalar a la Protegida, que mostraban a San Jerónimo traduciendo la Sagrada Biblia. El espacio contaba con un tragaluz pequeño, que daba al despeñadero junto al cual la casa había sido construida. Abajo se extendía el mar. En más de una ocasión los vidrios de colores de aquel tragaluz habían sido rotos por piedras o bloques de tierra desprendidos. Antonio sabía que tarde o temprano el espacio quedaría sepultado por un deslizamiento mayor. Había imaginado, repetidas veces, que un extraño observaba a través de los barrotes del dintel un interior totalmente destruido. Después de atisbar unos momentos, ese hombre caía y se lastimaba un pie. Antonio nunca había podido descifrar el origen ni el simbolismo de la aparición, que se repetía sobre todo cuando pasaba varias horas seguidas trabajando en su obra.

8

La Protegida y el Amante encontraron el cuarto sin llave. Antes de entrar, la Protegida dijo que regresaría a la casa para recoger una jofaina y una jarra llena de agua. El hecho de ir por los artículos de limpieza no parecía tener relación con la suciedad en los dedos del Amante. El agua tenía como único fin ser derramada por la cabeza y los hombros desnudos de la Protegida. Tumbado sobre unos lienzos que ya nunca serían utilizados, el Amante vio cómo la mujer después de volver se soltaba el pañuelo de la cabeza y se levantaba la falda delante de la jofaina que lucía diminutas flores en su borde. Contemplándola, el Amante fue pensando en lo que significaban las conductas condicionadas. Muchas veces, Antonio le había descrito el rito que la Protegida le ofrendó cuando por primera vez se encontraron solos. Posteriormente, tanto Antonio como

el Amante habían sido testigos de las abluciones con las que iniciaba sus visitas nocturnas a la casa de la Bajada. Mientras el agua caía por el cabello negro, el Amante se preguntó las razones por las que ese cuerpo le era indiferente. No se movió al sentir que era acariciado. Miró hacia abajo, tratando de imaginar que él no era el hombre tendido. Recordó a una amiga, quien cuando él era aún un estudiante le permitía permanecer escondido en una habitación aledaña mientras ella recibía amantes ocasionales. Pero le fue imposible establecer algún vínculo, entre las siluetas que espío en las sombras y la mujer que estaba ahora a su lado. Unos minutos después, la Protegida se puso de pie para volver a agacharse y arrojar el agua que no había utilizado. El Amante se entretuvo viendo cómo el agua, al comenzar a correr, iba abriendo delgados surcos en el polvo de colores esparcido en el piso. La Protegida extendió la falda con fuerza. Luego salió, seguramente para cumplir la orden de congregarse a los parientes alrededor del cuerpo de Antonio.

9

Según Antonio, la Protegida era una joven que había desarrollado una enfermedad respiratoria persistente cuando la llevaron a vivir a la ciudad capital. Antonio había notado que poseía el Estigma del Paria —como le gustaba denominar a esas conductas—, el que habría adquirido de los caminantes sin destino con los que se cruzó mientras deambulaba por los alrededores del poblado donde nació. Su cabello era largo. Lo más que la Madre de Artemio pudo hacer en sus intentos de cortárselo, fue lograr que los escondiera debajo de un pañuelo. La Madre hubiera querido recortárselo a la manera de las recogidas en los hospicios de monjas. Después, con un método inspirado en las costumbres de Santa Rosa de Lima encontró la forma de sacarle provecho a ese cabello. Comenzó a atarlo con un clavo a la pared, para evitar que la Protegida se durmiera sin terminar sus oraciones. La Protegida vestía con discreción: una falda y una blusa que llevaba detrás de un delantal. Usaba unos zapatos gruesos obsequiados por la Madre, cuyas suelas solían durar muchos años. Por efecto de la dificultad para respirar, el pecho lucía enjuto y se le marcaban los bordes del esternón. Había aprendido a obedecer al instante las órdenes de la Madre, pero casi siempre las cumplía en forma distraída. Podía estar arrodillada y al mismo tiempo, por ejemplo, estar concentrada en el pequeño zorro que en su poblado natal solía mantener atado a una cuerda. En los tiempos de ese animal le gustaba realizar largos paseos por los alrededores, donde muchas veces se encontraba con

algún caminante por quien de manera habitual se dejaba seducir. Esos hombres casi siempre la seguían hasta el lugar donde habitaba. Las personas con las que vivía, tenían que salir entonces a espantarlos. Pero era inútil. Comprendieron pronto que por más que le impusieran castigos, la muchacha iba a continuar encontrándose con los caminantes o incluso con algún vecinos del mismo poblado. Una carta enviada desde la ciudad, cambió totalmente el panorama. La Protegida era requerida para un trabajo como empleada doméstica. El día de la partida lograron arrebatárselo el zorro con bastante dificultad. Los subieron luego a un ómnibus donde estaban pintadas dos franjas rojas.

10

Apenas arribó a la ciudad la Protegida fue puesta bajo el cuidado de la Madre, a quien en ese momento su hijo abandonaba por segunda vez. En esa oportunidad, la partida de Antonio era motivada por una persecución de carácter político. A su regreso de Europa, donde había viajado siendo muy joven con la intención de convertirse en bailarín clásico, había puesto en circulación una revista junto con otros compañeros intelectuales. La publicación había sido requisada, y sus autores perseguidos. Antonio fue buscado en casa de la Madre, quien hizo pasar a los agentes al gabinete de trabajo donde estaba colocado el diván en el que había recibido por última vez a su marido. Sobre el escritorio se amontonaban algunos ejemplares de la revista prohibida. Sumamente preocupada, preguntó por el futuro del hijo una vez apresado. Sin contestarle los agentes dijeron que revisarían la casa. En ese momento, la Madre escuchó varios agentes más entraban por la puerta. Oyó cómo volcaban algunos muebles en el piso superior. En ese instante, la Madre hubiera querido esconder a su hijo de manera definitiva. Llevarlo a un lugar apartado donde lo preservaría ya no sólo de la policía o de los hombres que estuviesen tras su rastro, sino sobre todo de la influencia de la Serpiente Antigua (Apocalipsis 12, 7-12) que lo acechaba desde que nació. No tenía cómo saber que Antonio trataba de refugiarse en alguna embajada, donde esperaba ser acogido por las relaciones que mantenía con un grupo de diplomáticos. A los pocos días pudo salir del país. Al saber de la partida, la Madre buscó inmediato consuelo en unos sacerdotes y también en su hermana mayor. Desde entonces dedicó buena parte del día a recorrer distintas sacristías, y al anochecer llegaba a casa de la hermana. La experiencia con los agentes parecía haber sido más poderosa que el rechazo que le causaba la delicadeza de esa hermana, cuyo carácter se distinguía

por su interés en resolver los problemas de los demás. La hermana le recomendó la presencia de alguien que la acompañara. No podía estar sola en su casa, menos después de la irrupción de la policía. Es más, tomó la iniciativa y sin que la Madre lo supiera le pidió a la cocinera a su servicio que escribiera una carta al poblado de donde era originaria. Le ordenó solicitar a la persona adecuada. A excepción de una sirvienta que trabajó pocas semanas, la Madre nunca había querido admitir a nadie. Aseguraba que la presencia de una persona ajena sólo podía traer problemas. Pero después de la segunda partida de Antonio, dejó de mostrarse inflexible. De cierta manera hasta llegó a gustarle que la aconsejaran. Por eso comenzó muchas veces a ofrecer detalles de los modales del hijo, a quien siempre había visto manteniendo conductas al borde del escándalo. Contó acerca de ciertas cartas de amor que había encontrado escondidas dentro de unos libros, y de algunos poemas que Antonio había escrito antes de quedar dormido. Acostumbraba leerlos temprano en la mañana, y los desaparecía antes de que su hijo despertara. Después de un tiempo, la Madre terminó aceptando la entrada de la muchacha en la casa. Sin embargo estableció un periodo de prueba. Cuando le confirmaron la hora de llegada, esperó a la joven sentada en el diván colocado en el gabinete de trabajo. Había prendido las velas puestas frente a las imágenes sagradas, y rellenado los sahumeros para que olieran todos al mismo tiempo.

11

Poco después, la Madre empezó a preocuparse por los problemas respiratorios que comenzaron a atacar a la Protegida. Al comienzo quiso llevarla donde un médico, pero su hermana le recomendó un jarabe para los bronquios. Si bien aquella medicina logró calmar los accesos agudos, el cuadro asmático quedó como un mal permanente. Cuando las dos mujeres estaban en silencio, el único ruido perceptible era el producido por el pecho de la muchacha. Los bronquios se convirtieron en una molestia constante, que le hubiera impedido a la Protegida realizar labores pesadas. Ese pecho la hubiera inutilizado quizá para una vida intrépida, pero ser la protegida de la Madre era una ocupación que exigía poco desplazamiento corporal. Pese a todo, la enfermedad recrudesció cuando Antonio regresó de su segundo viaje. La noche del arribo la Protegida sufrió un fuerte ataque. Al notar las dificultades respiratorias de esa joven desconocida, Antonio recomendó la preparación de un vaso de agua con sal. Sabía también que las hojas de determinada yerba alucinógena, fumadas

en pipa, facilitaban la respiración. Sin embargo, la presencia vigilante de la Madre hizo difícil ni siquiera pensar en los preparativos para una operación semejante. Después de su vuelta Antonio pasó unos cuantos días en casa de la Madre, quien le pidió se quedara a su lado para siempre. Señaló que podía hacer que la pensión del padre alcanzara para los dos. Llevando una vida tranquila, era posible que Antonio no tuviera necesidad de salir a trabajar. Además prometió enseñarle a la Protegida cómo lavar y planchar sus camisas. Antonio arrugó los labios y, dándose vuelta, comenzó a sacar los objetos que había traído en las maletas. Entre las ropas fueron apareciendo figuras de azúcar pintadas con colores estridentes. La Madre entrevió representaciones de huesos, de dientes y manchas de sangre. De inmediato obligó al hijo a guardar esos objetos. Debía hacerlos pasar la noche en el patio. Al día siguiente tendría que llevárselos. Luego de dar esas órdenes quedó preocupada. Temía que Antonio desapareciese junto con los objetos traídos del viaje. La Protegida escuchó a escondidas la conversación que sostuvieron la Madre y Antonio. Los siguió después hasta el patio. Pese a sus bronquios cargó la maleta más pesada. Esa misma noche, entró en el cuarto del recién llegado. Pero antes pasó por el patio con la intención de rebuscar en el equipaje. Sacó las figuras y las fue alineando en el piso de cemento. Parecieron agradecerle las muecas de las calaveras. Pasó los dedos sobre las bocas, que enseñaban dientes de papel brillante. Una imagen se había roto y en su lugar sólo quedaba un montón de azúcar. Le interesaron las escenas que mostraban accidentes de tránsito, con los brazos y las piernas de los pasajeros diseminados por la carretera. También aquéllas de intervenciones quirúrgicas, que ejecutaban médicos con los mandiles manchados de rojo. La figura que simbolizaba la antropofagia, donde se veía a un padre comiéndose el torso de su hijo, Antonio la había comprado minutos antes de conocer a un oficial del ejército, quien se mostró sorprendido al verlo con aquello entre las manos. Al terminar de tocar el contenido de las maletas, la Protegida se soltó el pelo y fue en busca de una jofaina y una jarra llena de agua. Quizá Antonio intuyó la intromisión en el cuarto. Sólo así se explica que estuviera despierto cuando fue abriéndose la puerta. Al ver a la Protegida mostrando dificultad para respirar, hizo que dejara la jarra en el suelo y, atrayéndola hacia sí, logró que descansara la cabeza sobre su pecho. En ese momento la Madre, seguramente agotada por la excitación que le produjo ver al hijo nuevamente, dormía en su habitación.

12

La Madre jamás hubiera imaginado que esa noche la Protegida entraría en el cuarto del hijo. Tampoco que días después iniciaría una serie de visitas a la casa —la casa de la Bajada— donde Antonio terminó instalándose. Luego de arropar a la Madre, la Protegida salía tres noches a la semana. Tomaba el tranvía nocturno y cruzaba casi toda la ciudad. Desde la entrada gritaba el nombre de Antonio para que abriera y la dejara entrar.

13

Lo primero que hacía la Protegida al cruzar la puerta de calle, era cerciorarse si estaba prendida la pequeña lámpara puesta delante de las imágenes de San Jerónimo. Las ventanas solían mantenerse abiertas aun durante los inviernos. Por eso las habitaciones estaban en forma constante bajo el influjo de diversas corrientes de aire. Por la ventana del baño acostumbraba entrar la brisa del mar. Podía apreciarse desde allí lo negro del horizonte. Ingresaba también el sonido monocorde que producía la ruptura de las olas. Frente a ese paisaje, Antonio pasó las horas que tuvo que soportar durante los últimos meses que le quedaron con vida. Lo trasladaron después a un hospital, donde estuvo internado cerca de dos semanas. Una semana antes de su muerte, le permitieron regresar a la casa. Pero a su vuelta ya no pudo estar sentado delante de la ventana del baño. Debíó quedarse acostado en la habitación, oscurecida con obsesión por el Amante. Luego de dar unas cuantas vueltas por los cuartos, la Protegida solía iniciar las abluciones. Llenaba la jarra de porcelana que Antonio reservaba para su aseo personal y, con el cabello descendiendo hasta el borde de la jofaina, dejaba caer con mucho ruido el agua. Luego miraba a Antonio. Mientras frotaba su cuerpo, con una toalla blanca y pequeña que ella misma llevaba, le pedía que la dejara con los libros que tuvieran ilustraciones o que le diera las llaves del taller. Luego lo obligaba a irse a acostar. Durante el tiempo que la Protegida permanecía en la casa, Antonio no podía dormir. Desde la cama escuchaba los silbidos de sus bronquios. Los oía mientras la muchacha recorría, una y otra vez, el pasaje que unía la casa con el taller de pintura. Antonio sentía también el manojito de llaves agitado torpemente, y el ruido de la pequeña cuchara removiendo la sal en el vaso. Sólo al amanecer oía cerrarse la puerta de calle. Adormecido por el mar del alba, Antonio siempre volvía en esos momentos a recordar a una sirvienta que cuando era niño le

mostró su cuerpo desnudo en forma inesperada. Que lo asustó, pero que también tuvo la virtud, como lo reconocería después, de enseñarle ciertas verdades.

14

En la época del encuentro con aquella sirvienta de su niñez, el padre acababa de morir. Precisamente para atenuar el desconcierto propio de los días de duelo, la Madre decidió contratar a una mujer que despidió apenas puso en orden de nuevo el funcionamiento de la casa. El padre había sufrido un ataque al corazón en la pieza que tenía alquilada para sus encuentros con la querida, quien antes de pedir ayuda tuvo que vestir y trasladar al muerto hasta un sillón. A pesar de conocer la verdad, la Madre mostró durante el trance fúnebre la actitud de una viuda que hubiese asistido al marido en su lecho de muerte. Ofreció muchos detalles de los momentos finales de su esposo. Infinidad de veces repitió el mensaje que había dejado para su hijo Antonio. Pero a solas se desesperaba, principalmente porque la querida había sido una mujer vulgar tal como ella la había imaginado. También porque la pieza que describieron los colegas del padre, quienes acudieron al llamado de la querida, no era como la había imaginado. Los colegas llevaron el cadáver a la casa y lo metieron dentro de la cama matrimonial. Sólo después que estuvo acostado y vestido con su mejor pijama, procedieron a llamar al médico. La supuesta tranquilidad mostrada por la Madre, fue producida por un trabajo de autocontrol ensayado algunas horas antes. Los colegas llegaron con la noticia cuando comenzaba a anochecer. Actuaron sin pudor, se diría a sí misma la Madre después. Lo contaron todo, sin omitir un solo detalle. Contestó que estaba preparada para recibir al esposo. Fue a sentarse luego al diván de cuero negro. Revivió allí el día de la concepción de Antonio. Antes de aquella tarde, hacía mucho tiempo que era ajena a cualquier intimidad matrimonial. Con el tiempo su actitud se transformó en una fuerte aversión hacia los acercamientos que alguna vez procuró su marido. Sentía que esos entusiasmos sorprendidos se debían sólo a la inercia de una vida en común. Pero la noche de la concepción fue diferente. Obedeció a una naturaleza que se rebeló de pronto. En ese momento desapareció el rechazo a lo que, después de sus tempranas lecturas de la Sagrada Biblia, consideraba como la Segunda Inmundicia (Levítico 15, 2-25). Nunca descubrió por qué luego de imaginar los cuerpos de los amantes, decidió restablecer la intimidad con el marido. Aprovechó que su esposo se aseaba después de haber pasado la tarde en la pieza que tenía alqui-

lada, para recostarse en el diván y aflojar los cierres de su vestido. No iba a permitir que la desnudaran. Cuando sintió abrirse la puerta del gabinete, donde por orden suya el marido pasaba las noches, giró la cabeza en sentido opuesto. Mirando hacia la pared se empeñó en olvidar el juramento de no dejarse tocar más por ese hombre. En ese momento la Madre intuyó la presencia de la querida. La conocía, pues había seguido al marido cierta vez que lo vio contestando una llamada extraña. Tuvo la sensación, entonces, de ser acariciada por unas manos de uñas cubiertas con un esmalte resquebrajado. Durante los días siguientes comenzó a mostrar un inusual interés por los asuntos sexuales. Se repitieron varias veces los encuentros en el gabinete de trabajo. Únicamente el avance del embarazo atenuó aquel estado. El crecimiento de la criatura hizo que fuera apareciendo cierta paz interna que se prolongó hasta después del alumbramiento. Pero a pesar de aquella tranquilidad, en ningún momento pudo olvidar el hecho de haber concebido con vergüenza y con unos deseos sexuales que prefería olvidar. La culpa se presentó con fuerza después del nacimiento de Antonio. En el periodo posnatal desapareció, por completo, la paz que la había acompañado durante el embarazo. Curiosamente, el niño no lloró durante las crisis de la Madre, quien, entre otras cosas, solía olvidar por completo los horarios de las comidas. En un primer momento, el padre pensó encargar la criatura a la querida. Pero finalmente terminó recurriendo a su cuñada, quien en su afán de ser útil se llevó por un tiempo al niño a su casa.

15

La mayor parte de los acontecimientos de su infancia, Antonio se los fue contando a la Amiga durante el invierno final. La Amiga muchas veces desconfió de la certeza de esos relatos. Había detalles que le parecían imposibles de saberse con tanta precisión. Pero en varias ocasiones, Antonio le dijo que no importaba si los sucesos eran reales. Lo fundamental era tener una historia coherente, y para eso era imprescindible la Amiga como interlocutor. La Amiga había llegado al país de Antonio acompañada por un artista, que conoció cuando trabajaba como marchante. En un primer momento no le impresionó mayormente ese creador. Los trabajos presentados le parecieron demasiado académicos. Utilizaba muchas de las técnicas enseñadas en cualquier escuela de arte. La única diferencia estaba en que los modelos y los paisajes, de cierta manera, escapaban a lo común. Precisamente este hecho la determinó a encargarse de las obras. Al poco tiempo se hicieron amantes, y cuando el avance de la gue-

ra amenazó la tranquilidad de los extranjeros decidieron casarse y tomar un barco para escapar. Al llegar al país del artista, que fue el punto escogido, alquilaron un cuarto espacioso que la Amiga siguió ocupando aún después de que su marido la abandonó. El matrimonio continuó hasta cuando ella necesitó la ayuda de Antonio para decidir qué hacer con un embarazo no deseado. Antonio le asignó, temporalmente, la habitación principal de la casa de la Bajada. Le dio el cuarto amueblado con la silla de Viena, la cama sencilla y el espejo giratorio. En un pequeño altar se repetían, idénticas, las imágenes de San Jerónimo. Antonio la puso bajo el cuidado de un médico que conocía de tiempo atrás que cuando llegó, con un maletín en la mano, dijo que haría la intervención sólo como un favor especial. Con el fin de tranquilizarlo, Antonio le ofreció una copa y lo llevó a recorrer la casa. Se demoraron más de una hora en el taller de pintura. Después de salir del baño, vestida con una bata que halló detrás de la puerta, la Amiga se recostó encima de la cama. Escuchó que Antonio y el médico regresaban conversando. Estaban refiriéndose a amigos en común y a fiestas a las que habían asistido juntos. El médico ya no evidenciaba el nerviosismo con el que había llegado. Olvidó, incluso, dónde había dejado el maletín. La Amiga empezó a dudar entonces de su destreza. Sospechó, no tanto por aquel olvido sino porque había visto su cuerpo demasiado adiposo, con las líneas desdibujadas en trazos redondeados. Pensó que carecía de sexo. Pero mientras estaba acostada en la cama supo que nada podía hacer para negarse a ser intervenida. La infección, que se presentó después de unos días, hizo que se reafirmara su idea de la relación entre la carencia de sexo y la poca habilidad profesional. Luego de un breve tratamiento, el doctor logró controlar el desorden pero aseguró que órganos importantes se habían visto comprometidos. La Amiga y Antonio acudieron, muchas veces juntos, al consultorio. Ella nunca notó que Antonio hiciera algún gesto. Se mantuvo inalterable, incluso cuando el médico insinuó la posibilidad de que la paciente hubiese quedado estéril.

A partir de aquel suceso, la amistad entre Antonio y la Amiga no volvió a interrumpirse. Después de terminadas las clases, que la Amiga comenzó a dictar en un instituto de idiomas, Antonio pasaba todos los días a buscarla. Ella había conseguido el trabajo apenas el médico se lo permitió. Consumían algo en una cafetería cercana y luego Antonio se iba sin decir dónde. Los fines de semana la Amiga dejaba su cuarto y viajaba en

tranvía hasta la casa de la Bajada. Si era verano, se entretenían sentándose en los sillones de bambú de la entrada. Miraban, desde allí, el paso de la gente que se dirigía a la playa. Los comentarios que producía el desfile de bañistas, variaban de acuerdo a los amigos presentes. Cierta tarde en que había varios invitados en la casa, Antonio salió de su cuarto con un frasco en la mano. Dijo que contenía una crema de belleza que había aprendido a fabricar en uno de sus viajes. Obligó luego a todos los invitados a sentarse, les embadurnó la cara y los mantuvo inmóviles por más de una hora. La escena de los amigos inmóviles en el suelo o en los sillones de bambú, se repetiría en varias ocasiones. La crema no resultó ser más que un ungüento cualquiera. Antonio hacía que los invitados se mantuvieran estáticos para leer con tranquilidad, adelantar el trabajo en sus pinturas, o para desaparecer con el Amante dentro de las habitaciones. Pero a medida que avanzó la enfermedad final fueron espaciándose las reuniones en la casa de la Bajada. Pese a que la última primavera fue una estación cálida, Antonio no pudo sobreponerse al frío constante que comenzó a experimentar. Por eso hizo que llevaran uno de los sillones de bambú hasta la ventana del baño. Sentado allí estaría protegido de los vientos sin renunciar a la contemplación del mar. Las indicaciones precisas que, a partir de entonces, comenzó a ir dando para la preparación de su muerte, hizo que el interior de la casa empezara a trastocarse. La muerte de Antonio estaba a punto de transformarse en una muerte de ficción, comentó en ese tiempo la Amiga con el Amante. Había sido absolutamente pensada la posición del cuerpo yacente, el lugar de la silla de Viena así como el lugar de los zapatos amarillos. Nunca como en esa época fue más utilizado el espejo que lucía un poema escrito con lápiz de labios rojo.

17

Lo primero que hizo el Amante al llegar al país de Antonio, fue ir hasta el cuarto habitado por la Amiga. Conocía la otra dirección, había mandado cartas a la casa de la Bajada, pero después de tantos años temía presentarse sin compañía. Durante todo ese tiempo se había entregado con bastante energía a sus estudios literarios. Cuando años atrás se separaron, se hicieron la promesa de volverse a encontrar. La certeza de un reencontro le sirvió al Amante para pasar, con relativa tranquilidad, los años de la guerra. Pensó más en su nostalgia personal que en los sucesos que se desencadenaban a su alrededor. Sólo después de constatar los daños morales y físicos causados por la guerra entre sus conocidos, agradeció

haber estado dedicado aquel tiempo tanto a sus conjeturas sentimentales como a sus estudios literarios. Encerrado en la casa de campo de su familia, sufrió las mínimas penurias aun durante los tiempos más duros. El haber soportado incólume ese periodo, fue quizá una de las razones por las que llegó a destacar en su oficio. Gradualmente su nombre comenzó a hacerse conocido. Pero cumpliendo la promesa que se hicieran con Antonio, después de cierto tiempo postuló a una beca para hacer una investigación literaria en el extranjero. Cuando se volvieron a ver, Antonio todavía no daba señales de estar enfermo. La estadía del Amante en la ciudad duró cerca de cinco años. Luego de vivir en la casa de Antonio, acompañarlo en su agonía, y dejar publicado un libro como homenaje póstumo, el Amante hizo sus maletas y, gracias a un trabajo otorgado por su gobierno, partió con destino a otro continente.

18

La Amiga conoció al Amante cuando frecuentaba el grupo de escritores que se reunía en los locales públicos de la calle donde vivía. El Amante, estaba a cargo de hacer la crítica a los trabajos literarios de la mayoría de esos creadores. En un principio aquel estudiante no fue para la Amiga más que un muchacho tranquilo con un mechón de pelo cayendo sobre su frente. Pero una tarde en que estaba reunida con los poetas jóvenes, llegó el Amante y le pidió que lo acompañara. Estaba vestido de negro, y principalmente por el movimiento de las manos, se veía que estaba nervioso. La Amiga se dejó conducir hasta la puerta del baño de hombres. Al verlos acercarse, el encargado dejó su puesto y desapareció. El Amante le suplicó entonces que aceptara la compañía de un amigo. Viendo su asombro, rápidamente y en voz baja le contó que había conocido a un muchacho cuando le compraba naranjas a un frutero de la calle. El muchacho le había preguntado cuáles serían las más dulces. Comenzaron entonces a hablar sobre las formas posibles de comer las naranjas. El Amante lo invitó a un café cercano, donde siguieron la conversación. Tomaron asiento, poniendo cada uno sobre sus rodillas las bolsas de papel que el vendedor les había entregado. Finalmente, el muchacho aceptó acompañarlo al departamento. Tarde en la noche, luego de mezclar vino blanco con jugo de naranja, decidieron dormir. Ante una insinuación, el muchacho contestó que le era imposible acostarse con un hombre al lado. Enseguida se tendió desnudo en la cama y a los pocos minutos se quedó dormido. Al día siguiente ocurrió lo mismo, pero lo curioso fue que salvo en lo sexual el Amante estaba convencido de que mantenían

una especie de romance. El muchacho se mostraba tierno y cariñoso. Había llevado su equipaje al departamento, y le pedía consejos sobre cómo manejarse en la ciudad. Hablaba de su madre, viuda de un minero, quien le había entregado sus ahorros para que fuera a buscarse la vida fuera de su país. Ante la puerta del baño, el Amante le pidió a la Amiga que con su cuerpo completase el elemento que les faltaba. La Amiga creyó que se trataba de alguna broma. Queriendo saber hasta dónde serían capaces de llegar, la Amiga siguió al Amante al interior del baño. Cuando estuvieron ante la última puerta de los reservados, el Amante la abrió y señaló al joven. Se trataba de casi un adolescente, rudo y grande. El Amante se acercó al oído de la Amiga para decirle que no se preocupase, pues le había pagado al encargado para que no dejara pasar a nadie. En ese instante, el muchacho la cogió por la cintura y la introdujo al reservado. La mujer quiso zafarse, pero se calmó cuando volvió a pensar que no se trataba de algo serio. Con mucho cuidado los dos hombres comenzaron a besarla. La atención de la Amiga, sin embargo, estuvo puesta sólo en los acercamientos leves del Amante. De pronto, el muchacho levantó los brazos y descargó un golpe en el rostro del Amante, quien al sentir el puño se cogió la boca y retrocedió unos pasos. El muchacho comenzó a insultar al Amante ordenándole, además, que se fuera. Mezclando su idioma con el francés, dijo que le repelía su presencia. Pero el Amante no siguió retrocediendo. El muchacho se alejó luego de la Amiga con la misma actitud con que la había tomado. Salió con prisa. Antes de irse, señaló las gotas de sangre en el piso y pidió que no avisaran a la policía. En los días siguientes, el muchacho no se atrevió a pasar por el departamento del Amante para recoger ni siquiera sus maletas. El Amante encontró en ellas algunas fotos, que mostraban aspectos de la vida en una comunidad minera. Se entretuvo todo un día mirando las personas que habían posado. Días después le dijo a la Amiga que la intención de semejante ejercicio había sido encontrar parecidos con el muchacho que conoció frente al vendedor de naranjas.

19

Cierta tarde de otoño, el Amante pasó por la pieza de la Amiga para invitarla a un concierto de piano. Después del incidente en el baño, la Amiga y el Amante habían seguido viéndose en forma regular. Recordaban de vez en cuando al muchacho del baño, al que nadie había vuelto a ver. En aquel tiempo uno de los intereses intelectuales del Amante era el aná-

lisis del aporte de los inmigrantes tanto a la literatura como a las demás artes. Por eso su entusiasmo hacia el recital de piano que iba a ofrecerse esa noche. Cuando llegaron, los demás invitados ya ocupaban sus asientos. Luego de tocar una serie de piezas, la Pianista se paró, agradeció los aplausos, y salió con dirección al camerino. Mientras caminaba, el Amante la abordó y le propuso conversar en otro lugar. La Pianista vaciló, se miró las manos, y al ver unas marcas más claras en sus dedos pensó en los anillos que se había quitado antes del concierto. De alguna manera había estado esperando una proposición semejante. Desde su reciente llegada, su estancia se había limitado a permanecer en su hotel. Deseaba conocer otras personas, como el muchacho vestido de negro que se le había acercado y que hablaba tan correctamente. La Pianista quería hacer uso de su libertad y, precisamente esa noche se había puesto de acuerdo con un primo suyo, quien vivía en la ciudad para que pasara a buscarla después del concierto. Aquel primo estaba matriculado en una escuela de ballet. Le había ofrecido llevarla esa noche a una fiesta. La Pianista levantó la mirada, y vio que el Amante continuaba presente. Contestó que debían esperar al primo, a quien cuando llegó presentó como Antonio. Dijo también que había sido expulsado de la escuela de ballet cuando, en un ataque de celos, agredió con ambos brazos al primer bailarín. El Amante quedó tan impresionado con aquella presentación, que abandonó rápidamente el inicial interés en la Pianista. Casi sin quererlo, la Amiga asumió la responsabilidad de esa mujer. Había algo que la había estado atrayendo desde que la vio sentándose frente al piano. Pero al mismo tiempo se trataba de algo que le daba miedo, ya que quizá era producido por saber que esa mujer provenía de zonas remotas. Esa atracción no podía, por eso, ser natural. Tuvo la impresión de poder descubrir en ella ciertas verdades que buscaba desde niña. Días después, la Amiga supo que el extraño modo de comportamiento de la Pianista era sólo el resultado de la lucha que sostenía esa extranjera consigo misma.

20

Antonio aseguró siempre que la Pianista carecía de talento. Afirmaba que las horas dedicadas a la música eran más producto de su desesperación que de su genio. Luego de haber pasado juntas algunas semanas, la Amiga descubrió que si esa mujer hubiera nacido sana jamás hubiera tocado ningún instrumento. La noche del concierto, la Amiga habló con la Pianista poniendo mucho énfasis en sus palabras. De ese modo le hizo saber lo interesante que le parecía su continente y que uno de sus deseos

era visitarlo algún día. La Pianista sonreía en forma serena y contestaba por intermedio del Amante. Viendo un comportamiento sumamente recatado, la Amiga se preguntó dónde podría estar la atracción que esa mujer ejercía sobre ella. La crisis se desencadenaría algunos días después. Antonio, la Amiga, el Amante y la Pianista pasaron varias noches compartiendo el alcohol y el opio. Antonio sacaba las bolitas traídas de Oriente, y las ponía en la punta de una pipa de madera. Antes de que la pipa pasara de boca en boca, hacía que todos se acostaran en cualquiera de las dos camas del departamento del Amante. Generalmente, la Amiga y la Pianista eran acomodadas en la cama colocada en el pasillo de entrada. Con los cuerpos unidos, abandonaban en forma rápida los umbrales de la realidad para entrar en una serie de formas que siempre se presentaban sobre un fondo azul. El efecto duraba varias horas, y en ese entonces las dos mujeres aseguraban que los colores eran más brillantes cuando fumaban el opio una al lado de la otra.

21

La Amiga y la Pianista salían después del departamento. En momentos así les gustaba visitar los parques y los cementerios. Hablando en un idioma que habían adecuado para entenderse, la Pianista se refería a unas esculturas que en su país se levantaban en una zona llamada la Bajada. Describía sobre todo las formas de esas mujeres, hechas con piedra oscura. También hablaba del mar que se extendía debajo. Luego las dos iban a la pieza de la Amiga. Se trataba de una habitación estrecha, de dimensiones bastante menores al cuarto que años más tarde alquilaría con su marido el artista. Con el dinero que ganaba entonces hubiera podido arrendar algo mejor. Pero prefería esa pieza, porque estaba cerca al departamento del Amante y porque en los locales públicos de esa calle se reunían sus amigos los poetas jóvenes. También porque era la parte de la ciudad donde quedaba la mayoría de los talleres de los pintores a quienes comercializaba sus obras. En aquella pieza las dos mujeres bebían hasta caer exhaustas. Pero llegó un momento en que la mente de la Pianista emprendió un ascenso sin límites. La mujer entró en un estado maníaco, que llegó a su extremo cuando creyó ser capaz de saltar por la ventana sin sufrir el menor rasguño. Nadie hubiera podido imaginar que se trataba de la misma mujer que días antes había ofrecido un delicado recital. La misma que se ruborizó cuando la aplaudieron, y que dudó en salir a la calle con la pareja de extraños que se le acercó. La Pianista no quería separarse del lado de la Amiga. La seguía cuando visitaba a los

compradores de pinturas, quienes se incomodaban con esa extranjera que todo el tiempo interrumpía los tratos con acotaciones ajenas al contexto. La acompañaba también a los talleres de los pintores. Criticaba mucho a la Amiga, sus negocios, su capacidad de apreciación pictórica y hasta su forma de vestir. Cuando la Amiga la reprendía, la Pianista dejaba la pieza y se iba a instalar delante de un piano que había en el hotel de Antonio. Si Antonio había salido, ella hablaba con la dueña para que la dejara tocar. Se quedaba sentada varias horas seguidas y, de pronto, salía apurada para buscar nuevamente la compañía de la Amiga. Subía a toda prisa los seis pisos, y tocaba la puerta en forma desesperada. Luego de unos días desconcertantes, la Amiga tomó la decisión de no seguir tolerando la locura de esa mujer. Pidió la ayuda de Antonio y del Amante, aunque ellos ya estaban al tanto del comportamiento de la prima. Antonio sabía de crisis anteriores, y había recibido además la queja de la dueña del hotel sobre los maltratos que su piano estaba sufriendo. Se hicieron entonces las gestiones para que la internasen. El sanatorio se consiguió gracias al esfuerzo del Amante. Al verse obligada a permanecer en un cuarto donde había más de dos docenas de camas, la Pianista con fuertes gritos comenzó a pedir la compañía de la Amiga. Tuvieron que inmovilizarla, atándole los brazos y las piernas. Extrañamente, en los días siguientes la sola mención de la Amiga le producía una ira profunda. Los médicos recomendaron que no apareciera por el sanatorio la mujer que tanto obsesionaba a la paciente.

22

Durante el invierno final, Antonio fue leyendo cada día lo que había escrito desde el regreso a su país de origen. Viendo los poemas se preguntaba por qué no había encontrado, finalmente, sosiego en la casa de la Bajada. Pretendió convertirse en un corriente profesor de gramática, trabajo que encontró pocas semanas después de su vuelta. Buscó además, gracias al orden y la limpieza, que su casa no se diferenciara demasiado de las vecinas. Intentó sostener cierta línea intelectual, escribiendo esporádicos artículos que algunas veces fueron publicados en los diarios. Su civismo lo evidenció enviando cartas de protesta al zoológico y a la municipalidad. Antonio buscó en esos años formas que le permitieran ocultarse del escándalo. Por eso, en ese invierno final le hubiera gustado comprobar qué tipo de interés tuvo por Royal Splendor. Por aquel joven que desapareció al tercer día de conocerlo en un bar del centro de la ciudad. Para Antonio se trató de un encuentro importante que, de ha-

ber ocurrido en otras circunstancias, lo habría llevado a hacer cosas para las que ya no le quedaban energías. Cuando Antonio y el Amante encontraron a Royal Splendor, se puso en práctica la actitud de dos hombres que buscaban fines más complicados que los mostrados en forma abierta. Aquellas señales, que aparecieron durante tres encuentros seguidos, hicieron que el muchacho desapareciera rápidamente. La huida lo convirtió en el inspirador de uno de los últimos poemas. También sirvió para provocar en el Amante una sonora carcajada. Mientras que para el Amante no fue más que algo sin trascendencia, para Antonio la presencia de Royal Splendor significó algo más profundo. La redacción del poema, de alguna manera sirvió para restablecer nuevamente la normalidad. Aquel fue el mismo mecanismo que Antonio utilizó ante su fracaso con el oficial del ejército que conoció inmediatamente después de haber comprado la figura del padre comiéndose al hijo. En esa oportunidad escribió decenas de poemas. Sin embargo no pudo librarse de pasar por un extenso periodo más que depresivo. Cuando el oficial le prohibió que siguiera visitándolo en la guarnición militar donde estaba destacado, Antonio perdió temporalmente la conciencia. Pasó varios días en un estado más cercano a la muerte que a la vida. Su recuperación fue lenta. Llevó muchos meses. Sus amigos fueron quienes velaron por su restablecimiento. Detectaron su estado una semana después de iniciado el ataque. No habían extrañado antes su presencia, porque pensaron que había hecho uno de sus habituales viajes a las zonas militares. Lo descubrieron gracias a una vecina, quien hizo abrir la puerta después de oír unos débiles gemidos saliendo del interior. Antonio estaba acostado boca arriba. Tenía los brazos extendidos en cruz. Las paredes del cuarto estaban todas escritas. Ya con sus amigos cuidándolo, Antonio solamente se dedicó a leer los trazos en la pared. Cuando después de un tiempo pudo hablar, explicó que luego de las golpizas que recibía de ese amante quedaba aún más enamorado. Dijo también que la última vez que el oficial lo había visitado fue para amedrentarlo. Apareció con la noticia de su próximo casamiento, y con la amenaza de que era capaz de dispararle un tiro si se cruzaba nuevamente en su vida. Alentado por los amigos, Antonio para olvidar comenzó a ir a unos bailes que se organizaban en una casa situada en las afueras de la ciudad. Una vez terminado su trabajo como vendedor en una librería asistía a estos encuentros, a pesar de estar convencido de lo inútil que era pasar la noche en ese salón, donde había un piano cubierto con un mantón de Manila, y hasta donde llegaban los olores de una cocina que se mantenía funcionando hasta el amanecer.

En aquel último invierno, Antonio se refirió mucho al deterioro estético que su cuerpo iba sufriendo. Por eso su primer acto en las mañanas era mirarse desnudo. Tenía un gran espejo giratorio, sobre cuya luna se hallaba el poema escrito con lápiz de labios rojo. Estuvo allí desde antes de la llegada del Amante a la ciudad. Antonio nunca reveló quién lo había escrito. Lo mantuvo como aparecido de la nada. El poema se refería a lo inciertos que son los reflejos tanto en los espejos como en el tiempo; y a lo peligroso que se vuelve perseguir sus iluminaciones. Antonio pareció convertir en sagrados aquellos trazos. Muchas veces el Amante quiso borrarlos, pero el respeto que Antonio había logrado imponerles hizo impensable cualquier profanación. Al levantarse en las mañanas, Antonio se quedaba una hora o más delante de su propia figura. Iba examinando con paciencia el aumento de turbidez en los ojos, así como la carne del cuello y las piernas. Durante aquel invierno, Antonio y la Amiga se encontraron hablando en muchas ocasiones de las relaciones que podían existir entre la belleza y la muerte. En un principio, ella aseguraba que la muerte destruía en forma total cualquier belleza. Al oírla Antonio acariciaba sus propios brazos. A pesar del frío que subía acompañando la niebla, Antonio siempre usó camisas de manga corta. Sus brazos, que se movían con agilidad mientras hablaba, no mostraban músculos ni firmeza. Viendo a través de la ventana del baño, que era el lugar de la casa donde se reunían a conversar, Antonio cierta vez dijo que la belleza y la muerte guardaban entre sí la misma relación que el agua con los espejos. La Amiga no entendió las palabras, tampoco la sonrisa que las acompañó. Antonio continuó riendo, mientras hablaba de las abluciones que realizaba cada mañana, del agua bajando por el pecho y la espalda desnudos. Se refirió al espejo, que chirriaba con cada movimiento, y a las letras rojas del poema. Volteó entonces y le preguntó a la Amiga si no podía ser que la belleza fuera la que corrompiera a la muerte. Recién entonces la Amiga miró por la ventana. Un poco más abajo se encontraban las esculturas de la Bajada, escondidas parcialmente por la bruma. Una de ellas, la que durante la muerte de Antonio la Amiga sintió necesidad de tocar, sólo mostraba partes de la espalda. Otra enseñaba una cabeza cuya frente lucía una venda delineada por la niebla de la mañana.

24

Sentado delante de la ventana, Antonio escribió en un papel las indicaciones sobre lo que deseaba hicieran con su cuerpo después de la agonía. Cuando terminó, guardó la hoja en un sobre y se la entregó a la Amiga, afirmando que esas instrucciones nunca iban a ser puestas en práctica. Sabía bien que cuando su cuerpo estuviera muerto, iba a pertenecerle enteramente a la Madre. Estaba seguro de que la Madre lo entregaría a la nada para que se iniciara la corrupción dentro de un cajón cerrado. La Madre se convertiría en la única persona con derecho a decidir la forma de desecharlo. Antonio hubiera querido que su materia fuera desvaneciéndose hasta formar parte de alguno de los cuatro elementos. Su mayor ambición era confundirse con las aguas. Con una amplia sonrisa iba imaginando el funeral con flores arrojadas a los lados de su cuerpo. Se denominaba a sí mismo como la Ofelia Moderna. Cada vez que lo decía, se frotaba con mayor fuerza los brazos desnudos. Se reía mucho pensando en lo complicado que sería embarcar el cadáver para llevarlo mar adentro. Veía a los amigos haciendo tratos con los pescadores para llenar sus barcas con flores y con un muerto reciente. Los ojos le brillaron cuando dijo que no, que el mar no era el lugar adecuado. Prefería desvanecerse en las aguas de las lagunas del sur, ubicadas en medio de los desiertos. Afirmaba que las lagunas no tenían la fama de devolver los cuerpos a las orillas. La segunda opción era el aire o el fuego, ser despedazado por las aves o ser convertido en ceniza. Pero desaparecer por medio de las aves significaba un tiempo largo de exposición en un campo alejado para evitar que los demás sintieran el olor de la carne descomponiéndose. Le parecía un abuso de confianza pedir que se hicieran cargo de esa forma de desaparición. Con respecto a ser incinerado sabía que muchos huesos, principalmente los del cráneo, quedaban carbonizados pero no convertidos en ceniza. La sola idea de pasar por la acción de un molinillo lo aterrorizaba. Finalmente, aceptaba ser enterrado pero sin la mediación de un ataúd. Los cajones cerrados le parecían una aberración de la cultura.

25

El cadáver de Antonio fue trasladado en una camioneta gris. Lo llevaron al velatorio de un hospital cercano, donde estuvo exhibido por más de veinte horas. Sujetando los implementos de limpieza en la mano, la Protegida se admiró de la práctica mostrada por los empleados de la fu-

neraria. Sostuvieron entre dos una sábana por sus extremos y, con un movimiento brusco, consiguieron hacer un bulto con el cuerpo. Desde que había visto a los empleados, la Protegida volvió a sentir la opresión en el pecho. Por eso dejó los implementos en el suelo, y salió a recoger el vaso de agua con sal que había dejado en la entrada de la casa. Se lo tomó de un solo trago. Fue después a la cocina a hervir más agua. Llenó una pequeña olla de metal, que encontró limpia en medio del desarreglo y la suciedad que habían causado la Amiga y el Amante por acompañar a Antonio en su agonía. Cuando el agua hirvió, llenó el vaso y le echó un puñado de sal. Bebió a sorbos lentos, sintiendo el calor y la sal astringiéndole la boca. Sabía que para obtener un alivio mayor era importante no perder la calma. Pasaron unos minutos. Mientras experimentaba una levisima mejoría, escuchó que en el dormitorio principal la Madre cambiaba opiniones con los parientes que había congregado en la casa. Se deliberaba sobre el lugar apropiado para el velorio. Los parientes insistían en que lo adecuado era la casa de la Madre. Pero la Madre iba dando una excusa tras otra para evitar que le llevaran a su casa el cadáver de su hijo.

26

Los ruidos de objetos rompiéndose, muebles arrastrados y conversaciones fragmentadas fueron percibidos también por el Amante, quien en ningún momento salió del taller de pintura. A través de la puerta entreabierta, observó sin prestar atención la llegada de los parientes que la Madre había ordenado llamar. Aquellos familiares se quedaron cerca de una hora y, cuando los empleados de la funeraria cargaron el cuerpo, salieron dejando solas en la casa a la Madre y a la Protegida. Antes de la llegada de nadie, la Madre tuvo la fuerza suficiente para desgarrar los trozos de paño negro que aún colgaban de las ventanas. Sólo entonces el sol entró sin ningún impedimento. Destruyó también las imágenes de San Jerónimo, que según ella habían sido utilizadas en ritos profanos. Sobre el piso de madera quedaron retazos de tela y fragmentos de cerámica, que fueron pisados por la Protegida mientras cumplía las órdenes que la Madre le iba dictando. Sin mirar hacia la playa, la Protegida levantó los muebles de bambú que habían decorado la entrada. Al hacerlo seguramente se acordó de sus visitas nocturnas. Después de gritar el nombre de Antonio, la Protegida entraba y hablaba principalmente del ánimo de la Madre, a quien había dejado durmiendo en su propia casa. Contaba también detalles de los incidentes domésticos y de los ritos místicos que en

esa casa se cumplían con puntualidad. Hablaba además de los recursos usados por la Madre para mantener al hijo alejado del mal. Por medio de rezos pedía que fuera vencido el Amante y derrotados los extraños seres que visitaban la casa, a la cual tuvo siempre prohibido acercarse. Antonio le ocultó a la Madre la existencia de su enfermedad final. De ese modo pretendió negarle la posibilidad de convertirse en una Madre Doliente ante el cuerpo moribundo de su hijo.

27

Al ver que la Protegida terminaba de acomodar los muebles, la Madre le ordenó que descolgara también los cuadros. A la Madre le había causado repulsión ver los tonos de rojo utilizados en los óleos, así como las atrevidas mezclas cromáticas que ignoraba eran obra de Antonio. No podía permitir que los parientes, quienes no tardarían en llegar, encontraran las paredes con semejantes pinturas. Sin embargo ver el descolgamiento de los cuadros disminuyó la fuerza que la había invadido al entrar en la casa. Para evitar que la Protegida la viera en aquel estado, se encerró en el baño. Se tropezó con el sillón de bambú, que aún no había ordenado poner junto a los demás muebles. Por la ventana comenzó a ver el mar. Parecieron consolarla las olas, que apreció moviéndose sin sentido. Comprendió que se estaban cumpliendo preceptos divinos. En una vida posterior, Antonio iba a verse liberado del mal que lo había acompañado desde que fuera concebido. Mirando el horizonte, adquirieron su verdadera dimensión los sucesos que se habían desencadenado después de que recibió la llamada de la Amiga anunciándole la muerte del hijo. Cuando la Madre y la Protegida entraron en la casa, esperaron encontrarse con el cadáver sobre la cama. Pero lo vieron en el suelo, abrazado además por el Amante. Pese a su edad, la Madre se acercó y obligó al Amante a pararse y a salir hasta lograr que se ovillara en un rincón de la entrada. A la Protegida le asustó pensar hasta qué punto podía llegar la Madre con su furia. Cuando pusieron el cuerpo en la cama notaron que la sábana lucía una silueta más oscura, ocasionada quizá por los días que Antonio había pasado tendido. Durante las jornadas que duró la agonía, los objetos en el cuarto no habían sufrido grandes cambios. Se mantuvieron intocados el traje doblado encima de la silla de Viena. La palangana de fierro enlozado. Continuaron en un anaquel de madera las figuras que representaban calaveras, ataúdes y escenas de autopsias ejecutadas por médicos de mandiles manchados. Ni siquiera varió demasiado el contenido de los frascos de medicina colocados sobre la mesa de noche. La luz

en ese cuarto fue igualmente monótona, pues el Amante cumplió con la promesa de mantener colgados una serie de paños negros de las ventanas. Solamente cuando era noche declarada, permitía que se encendiera la lámpara de luz tenue que la Protegida usaba para iluminar las imágenes de San Jerónimo. Mientras tanto, afuera, se iba acumulando el polvo encima de los muebles puestos en la entrada que dominaba el mar en toda su extensión.

28

A lo largo de la vida de Antonio, nada de lo que pudieron contarle a la Madre acerca del hijo significó una sorpresa mayor. Había leído, con espanto al comienzo, los primeros poemas y las primeras cartas de amor. La noche de la concepción, cuando salió al balcón para quemar sus paños menstruales, notó el cielo sin estrellas. Había también una luna pesada y amarilla. Imaginó entonces las escenas más escandalosas y los actos peores, protagonizados todos por el hijo que tuvo la certeza sería varón. Después de unos años, el padre comenzó a llevar al niño a la pieza de la querida. A pesar de ser un secreto la Madre comenzó a sospechar de tales visitas. Sin embargo esperó unos meses para actuar. Por distintos detalles, evidenciados por la alegría con la que Antonio regresaba o por las manchas de dulces en su rostro, la Madre concluyó que a esa mujer le agradaban los niños. Cierta día en que Antonio volvió más excitado que nunca la Madre, que lo estaba esperando en la puerta, sin mediar explicación lo condujo al lavadero del patio. Mientras lo inducía a vomitar, le iba diciendo que esa mujer había tratado de envenenarlo. Aterrado ante lo que podría sucederle, Antonio confesó que le había dado un trozo de pastel. Luego se echó a llorar abiertamente. Rodeando con sus brazos el cuello de la Madre, dijo que no quería morir. La Madre se zafó con brusquedad y, sosteniendo al niño en el aire, continuó haciéndolo arrojar. Un mes antes de la muerte, Antonio habló en el hospital con la Amiga acerca de la alteración que había sufrido la Madre cuando descubrió las visitas a la querida. Él siempre había creído en la honestidad de la Madre, por eso la disculpaba afirmando que había estado sumamente confundida. Habló de la desesperación que le causó ese vómito porque durante algún tiempo le introdujeron sondas para alimentarlo. Le dijo a la Amiga que las dos sensaciones eran similares. Aunque dijo también que prefería el horror del niño al del hombre sumido en la incertidumbre mientras era tratado en el hospital.

Con el paso de los años la Madre fue constatando cada vez con mayor claridad sus certezas sobre la naturaleza del hijo. Lo verificó con las desordenadas informaciones que le llegaban de Antonio en el exilio. Algunos viajeros le contaban del tipo de vida al que se había entregado como bailarín clásico. La Madre misma pudo comprobar el estado casi demencial en el que regresó su sobrina, quien había viajado a continuar sus estudios de piano. Casi siempre las cartas que enviaba solían ser devueltas por no ubicarse el destinatario. La Madre conservaba esas cartas junto al cuaderno que utilizó Antonio en su infancia. Días después del entierro del hijo, la Madre citó a la Amiga en su casa. En el corto tiempo que medió entre la muerte y la cita, la Madre había envejecido notablemente. Casi no podía caminar, pero así y todo rechazó la ayuda de la Protegida y se encerró a solas con la Amiga en el gabinete de trabajo. Una vez allí, sacó del escritorio lo que había mantenido guardado por más de cincuenta años. Se trataba de un cuaderno escolar forrado con papel a cuadros. Lucía al centro una etiqueta. La Madre explicó que se trataba del cuaderno de ejercicios escolares de Antonio, que un profesor le había entregado desconcertado por los apuntes allí descubiertos. Le pidió a la Amiga que lo conservara, pero antes la obligó a leer en voz alta cierta página. La Amiga vio que las letras estaban hechas con lápiz. Luego de leer cerró el cuaderno y se quedó mirando a la Madre, quien había conservado la cabeza baja. Durante toda la lectura había sostenido la misma posición. Aquel fue el modo como esa anciana volvió a escuchar las maneras adecuadas de enterrar a un niño. En ese momento, mirando a una mujer que seguramente estaba preparándose a morir pues consideraba antinatural estar viva después de la muerte del hijo, la Amiga recién se dio cuenta de que cuando el médico le anunció que había quedado estéril creyó notar facciones de gozo en el rostro de Antonio.